

III LIBROS

ISABEL JARAMILLO (1944). Lic. en Ciencias Sociales. Colaboradora del CEA.

Estados Unidos y Vietnam: la perspectiva de una readecuación estratégica

El análisis crítico de la guerra de Vietnam que contiene ambos libros revela una línea de pensamiento común y los posibles ajustes a efectuar en el futuro por el aparato militar norteamericano

En el contexto del actual debate estratégico en los Estados Unidos, destinado a ajustar la maquinaria militar norteamericana, se inscribe la publicación de dos libros que abordan la guerra de Vietnam. Se trata, en primer lugar, de *On Strategy: a Critical Analysis of the Viet Nam War*¹ del coronel de infantería Harry G. Summers, actualmente en uso como texto de estudio en distintas academias e instituciones militares norteamericanas; el segundo es *The 25 Years War: America's Military Role in Viet Nam*, del general Bruce Palmer Jr.,² quien fuera vicejefe del Estado Mayor del Ejército (1968-73) y vicecomandante de las fuerzas norteamericanas en Vietnam bajo el mando del general Westmoresland.

Aunque con diferentes estilos, ambos libros analizan críticamente la guerra y la derrota norteamericana en Vietnam. Evidencian una línea de pensamiento común en cuanto a los errores cometidos por los Estados Unidos y los ajustes a efectuar por el aparato estratégico-militar a fin de evitar futuros desastres en la esfera bélica. Summers se concentra sobre todo en el marco teórico; Palmer, más descriptivo, desarrolla su análisis sobre la base de lo que considera los sucesos y decisiones claves, desde el punto de vista militar y político, que dieron forma a la injerencia norteamericana en el Sudeste Asiático.

En la primera parte de su libro Palmer trata los siguientes temas: el Estado Mayor Conjunto y Vietnam (1963-67), la jefatura del ejército, los años de transición, la vietnamización, el cese del fuego y los años finales de la guerra. La segunda parte está dedicada fundamentalmente a evaluar la estrategia norteamericana y las principales lecciones guerra.

Por su parte, el libro de Summers consta de dos: la primera, “El medio ambiente”, tiene siete capítulos que tratan el problema americano y la guerra,

¹ Harry G. Summers: *On Strategy: a Critical Analysis of the Viet Nam War*, Presidio Press, Novato, California, 1982, 225 pp.

² Bruce Palmer Jr.: *The 25 Years War: America's Military Role in Viet Nam*, University Press of Kentucky, 1984, 236 pp.

el Congreso, la burocracia, y el dogma. La segunda, “El compromiso”, consta de ocho capítulos en los cuales se estudia la guerra de Vietnam a partir de los conceptos Clausewitz³ —lo cual es una constante en la obra—, la táctica, estrategia, el objetivo, la ofensiva, la unidad del mando, la seguridad, la sorpresa y la simplicidad.

En la presentación se dice: usando la teoría clausewitziana y los principios clásicos de la guerra, el libro intenta ubicar la guerra de Vietnam en el contexto doméstico, así como en el de la guerra misma. Su tesis central es que una falta de evaluación de la teoría militar y política —especialmente la relación entre estrategia militar y política nacional— llevaron a una definición defectuosa de la naturaleza de la guerra. El resultado fue el agotamiento del Ejército contra una fuerza guerrillera secundaria y, finalmente, el fracaso de la estrategia militar para apoyar la política nacional de contención de la expansión comunista

Otro objetivo de la obra, ciertamente nada despreciable, dada la actual coyuntura en Centroamérica, resulta de su accesibilidad al pueblo norteamericano para que “pueda conocer la naturaleza d su Ejército” y cómo puede ser usado por la “defensa común y para proteger y asegurar los intereses nacionales de los Estados Unidos. El imperio necesita que sus intervenciones sean aprobadas por su pueblo y no se reediten situaciones de rechazo ni “síndromes” que afecten su conducta aventurera.

Summers parte de la idea de que la guerra de Vietnam fue una victoria táctica y una derrota estratégica. Explica esto último en función de que se vio a Vietnam como un caso único y de que se olvidó Corea. Además el problema no se analizó en su contexto estratégico, error que se remonta al abandono del estudio de la estrategia militar posterior a la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de la literatura sobre el tema, señala, ha sido escrita por politólogos y analistas de sistema de la comunidad de la Defensa, y de acuerdo con el autor estos analistas carecían del eslabón que deberían haber aportado los estrategas militares, esto es, “cómo tomar los medios del analista de sistema y usarlos para lograr los fines del politólogo”, El error estuvo en que lo tares, en vez de aportar asesoría militar profesional se enfrascaron cada vez más en la tarea del analista de sistema; es decir, en determinar los medios materiales que iban a ser usados, desvirtuándose el papel del Ejército, que resultaba ser así un

³ Los clásicos del marxismo-leninismo evaluaron altamente a Clausewitz como un destacado pensador militar, aunque ambos pensamientos se diferencian fundamentalmente en cuanto a la interpretación de la política y de su naturaleza clasista. Cfr. Karl Von Clausewitz: De la guerra, Instituto del Libro, Biblioteca El Oficial, La Habana, 1969

aparato más preocupado de los aspectos administrativos (la inevitable actividad empresarial inherente al sistema) que de la estrategia militar. Según Clausewitz, las actividades características de la guerra pueden dividirse en dos categorías: aquellas que son meramente de preparación para la guerra, y la guerra misma. El autor plantea que durante la guerra de Vietnam estas dos actividades se confundieron, y rebate a quienes argumentan que la razón de la confusión era la existencia de muchas definiciones contradictorias de “estrategia”; este fue el origen del extravío del aparato armado norteamericano. A favor de su argumento Summers cita la definición oficial del *Dictionary of Military and Associated Terms* del Joint Chiefs of Staff, según el cual la estrategia militar es “el arte y la ciencia de emplear las fuerzas armadas de una nación para asegurar sus objetivos de política nacional por medio de la aplicación o la amenaza de fuerza. Según Summers, el punto básico de la cuestión estaba en “cómo usar los medios militares para lograr un fin político”, y llega a la conclusión de que “fracasamos en el empleo adecuado de nuestras fuerzas armadas de forma de asegurar objetivos nacionales de los Estados Unidos en Vietnam”.

Con respecto a la actitud del pueblo norteamericano, Summers califica de simplistas los análisis que atribuyen el fracaso de Vietnam al llamado colapso de la voluntad nacional, al argumentar que nunca existió, ya que nunca fue invocada ni movilizada por el Presidente norteamericano.

Se perdió además la perspectiva de que “sin el compromiso del pueblo norteamericano, el compromiso del Ejército en una guerra prolongada era imposible”. El autor sostiene que “desgraciadamente esto no era obvio, ya que los teóricos de la guerra limitada habían excluido al pueblo norteamericano de la ecuación estratégica”. Más adelante argumentará que las fuerzas revolucionarias vietnamitas sí pudieron medir y utilizar a la opinión pública norteamericana en su favor; y reiterará que el hecho de que los Estados Unidos no invocaran a la voluntad nacional —lo que Clausewitz llama el factor moral—, fue uno de los principales fracasos estratégicos de la guerra. Summers también analiza el factor “voluntad nacional” desde el punto de vista del Congreso; se refiere a opiniones en torno al tema “declaración de guerra” y a la existencia de puntos de vista divergentes en este sentido: en un extremo estaban los que planteaban que una declaración de guerra era un “anacronismo sin valor”; de otro, “los que veían en una declaración de guerra una especie de talismán mágico” que hubiese eliminado todos los problemas para los Estados Unidos. Summers dice que la verdad está entre estos dos argumentos, debido a que una declaración de guerra es un “enunciado claro de apoyo público inicial que enfoca la atención de la nación en el enemigo”, La continuidad de ese apoyo, por supuesto, depende de la progresión exitosa de los fines de la

guerra. Esta “falta de concentración en el enemigo y en objetivos políticos a lograr por medio del uso de la fuerza militar fue “el punto esencial” del fracaso estratégico de las fuerzas norteamericanas. El autor argumenta, además, que una de las razones por las cuales el Presidente no buscó movilizar el apoyo público para una declaración de guerra fue que inicialmente nadie previó una guerra de diez años, ni el compromiso masivo de tropas norteamericanas, ni la actitud de la oposición interna.

Respecto a la relación civiles-militares, se plantea que al “atacar a los ejecutores de la política de Estados Unidos en Vietnam en lugar de atacar a los creadores de tal política”, las protestas atacaban el corazón mismo del sistema democrático norteamericano —el control civil de los militares.

La falta de consenso moral en cuanto a la legitimidad, tanto de los objetivos de la violencia como de los medios para obtener estos objetivos, fueron errores cruciales en la guerra. Su análisis se basa en una lectura retrospectiva de escritos de politólogos y analistas de sistema sobre guerra limitada, que, según él, “se destacan por su falta de pasión”. Una vez más retorna a Klausewitz, que advertía contra aquellos que excluían todos los factores morales y lo reducían todo a unas pocas fórmulas matemáticas. Por lo demás, ejemplifica con el uso de una serie de eufemismos destinados a ocultar los horrores de la guerra: “nos transformamos en el Departamento del Ejército (no el Departamento de Guerra) y nuestra terminología evitaba mencionar el campo de batalla [...] no matábamos al enemigo: “inflingíamos bajas”; no destruíamos cosas, “neutralizábamos objetivos”. Así “estas evasiones permitieron que creciera la noción de que podríamos aplicar la fuerza militar de una forma sanitaria y quirúrgica (pensamiento que parece persistir en sectores vinculados a la Defensa actualmente); al hacerlo, preparamos inconscientemente el camino para la creación que seguiría”. La televisión norteamericana traslada la brutalidad sangrienta de los hechos a los hogares, con los consecuentes efectos que inciden en el desarrollo de la guerra.

Summers afirma que la censura a la información no era la respuesta y soluciona la interrogante con una cita del general Weyand: “Como militares profesionales debemos hablar, debemos aconsejar a nuestros líderes políticos y alertar al público norteamericano de que no hay tal cosa como una ‘pequeña y espléndida guerra’. No hay tal cosa como una guerra barata. La guerra es muerte y destrucción. La forma norteamericana de guerra es particularmente violenta, mortífera, terrible [...] El ejército debe dejar claro cuál es el precio del involucramiento antes de involucrarnos, de modo de que Norteamérica pueda pesar los costos probables del involucramiento en contra de los peligros del no involucramiento, porque hay cosas peores que la guerra”.

Se nos hace necesario señalar, sin embargo, que al parecer el consejo relacionado con la “pequeña y espléndida guerra” ha caído en el vacío en lo que respecta a la actual administración.

Otro aspecto es el que se refiere al irreconciliable conflicto entre un “modelo” (con las características finitas y de síntesis que implica) y la práctica. En este aspecto se enfrentaban los criterios de los militares y los civiles. Debido a sus carencias, los militares habían permitido que la estrategia fuera dominada por analistas civiles: “en lugar de ser expertos en la aplicación de la fuerza militar para lograr los fines políticos, nos transformamos en politólogos neófitos y analistas de sistema; fuimos sobrepasados por los profesionales civiles que dominaban la política de seguridad nacional bajo el secretario de la Defensa Robert S. McNamara después de 1961”. No es raro entonces que el Presidente recurriera a sus asesores civiles, dado que “sin una base en arte militar no podíamos competir con las proposiciones racionalistas de los analistas de la defensa”

El efecto fue “el fracaso ante nuestra responsabilidad de presentar estrategias alternativas a los líderes civiles”. Así, según Summers, el enfoque racionalista-económico dominó la formulación de estrategia militar durante la guerra, lo cual a su vez redujo la flexibilidad en el análisis que se ponía a disposición del Presidente.

El temor también cumplió su papel. Summers afirma que 19S temores que enfrentaban los Estados Unidos, eran reales y que habían empezado a desarrollarse durante y después de la guerra de Corea, donde los Estados Unidos se encontraron en una confrontación bipolar con lo que “creíamos que era el comunismo mundial monolítico dirigido por la Unión Soviética”, El primero era el temor de destrucción nuclear de la patria norteamericana; el segundo, “verse involucrados en una guerra con China comunista en Asia”, Muchos creyeron que las armas nucleares habían cambiado enteramente la naturaleza de la guerra y que todas las teorías militares pasadas eran obsoletas; incluso algunos creían que el Ejército había perdido su utilidad, La evaluación de la estrategia de represalia masiva desemboca en una nueva estrategia: la reacción flexible, que aunque indudablemente significó un mejoramiento, aún estaba marcada por el espectro de la Tercera Guerra Mundial.

Al analizar los sucesos de Corea, Summers concluye que esta guerra fue una victoria para los Estados Unidos, porque el objetivo inicial de lograr “una Corea libre y unificada” fue sustituido por el de la restauración del *statu quo*, que era el logro militarmente, Los temores, distorsiones e interpretaciones erróneas afectaron enormemente la doctrina norteamericana, incidiendo en ello, por otra parte, un patrón de referencia defectuoso, al que Summers adjudica parte de la responsabilidad por los problemas enfrentados en

Vietnam. En razón de esta deficiencia doctrinal, dice, las teorías de guerra norteamericanas fueron nebulosas y confusas, y el primer punto de confusión estaba dado por el significado de victoria. El general Mc Arthur, formado por sus experiencias en dos guerras mundiales, veía la victoria sólo en términos mesiánicos —la total destrucción de las fuerzas armadas del enemigo y su rendición incondicional—, y esa era la victoria que él deseaba en Corea. Por su parte, el secretario de Estado Acheson decía que la estrategia de los Estados Unidos era limitar las fronteras geográficas de la guerra, desgastar al enemigo por atrición, agregando que la intención era ganar la victoria no en el campo de batalla, sino por medio de la discusión y el acuerdo.

Según Summers, otro punto confuso era la definición de “guerra limitada”. En Corea la guerra fue definida en términos de objetivos limitados; allí la estrategia norteamericana [...] después de la intervención china no había sido tanto una limitación de los medios, como una adecuación de los fines políticos para que pudieran ser logrados dentro de los medios militares que nuestros líderes políticos estaban en disposición de gastar. Analizando diversas declaraciones, Summers llega a la conclusión de que victoria había sido definida como “el logro de los fines políticos para los cuales se estaba haciendo la guerra”. En 1954, *el Field Service Regulation* introdujo el concepto de “guerra de objetivos limitados”, pero no incluyó el concepto de victoria como una meta de la guerra. El manual decía: “La victoria como una meta de la guerra no puede ser justificada, ya que en sí misma la primera no siempre asegura la realización de los objetivos nacionales”. Summers asevera que definirla sólo en términos de victoria total, en vez del logro de los objetivos para los cuales se hizo la guerra, constituyó un error estratégico que no sólo oscureció el hecho de que los Estados Unidos habían ganado una victoria en Corea (donde el *statu quo* anterior había sido restablecido y ha sido mantenido durante casi 30 años), sino que también tuvo un gran papel en la derrota de Vietnam.

En 1962 se agregan al *Field Regulation Service* el concepto de la guerra (el espectro iba desde la guerra fría, pasando por la guerra limitada a la guerra nuclear general), y una definición de guerra limitada atinente a los medios más que el objetivo. Summers sostiene que la guerra fría era esencialmente una postura de tiempo de paz con un alto grado de tensión; en el caso de la guerra limitada se trataba de una postura de tiempo de guerra que implicaba hostilidades. Que se difuminara la línea entre guerra y paz resultó un serio error que contribuyó a no declarar la guerra a Vietnam, así como también a la crisis de credibilidad que se produjo entre el gobierno y el pueblo norteamericano. En 1962 el manual descartó el concepto de “guerra de objetivos limitados”, adoptado después de la guerra de Corea, e introdujo el

concepto de “medios limitados”. De acuerdo con el manual, “el objetivo esencial de las fuerzas militares de los Estados Unidos será terminar el conflicto rápida y decisivamente en la mejor forma calculada para prevenir su ampliación a una guerra general (nuclear)”. El autor agrega que el temor a la guerra nuclear significó un costo en términos de lograr una ventaja estratégica principal: lo que Lutwak llama la “dominación de la escalada”.⁴

Parecía que la doctrina de la reacción flexible había estabilizado al *establishment* de la defensa, pero “repentinamente la amenaza no era tanto la guerra nuclear o convencional sino un tipo de guerra totalmente nuevo: las guerras de liberación nacional y guerras populares”. Se iniciaba así la etapa de la contrainsurgencia. Es difícil imaginar la fuerza con que el concepto de contrainsurgencia golpeó al Ejército: “se transformó no tanto en la doctrina sino en el dogma que embruteció el pensamiento estratégico-militar de la próxima década”. En el caso de Vietnam no puede decirse que la contrainsurgencia no tuviera nada que ofrecer; por el contrario, tenía mucho que aportar a una nación que enfrentaba la insurgencia interna. Pero Vietnam del Sur no sólo enfrentaba esta última, sino también la agresión externa. La doctrina de la contra insurgencia sólo era parte de la respuesta. Además, según Blaufarb, el “presidente Kennedy y sus asesores veían la contrainsurgencia en primero y último lugar como una tarea política que debía ser llevada a cabo bajo dirección civil.”⁵

Summers agrega que “para los militares, la contra insurgencia parecía darnos una misión totalmente nueva —actividades en asuntos civiles, asistencia a la policía, establecimiento de escuelas y sistemas de salud pública y otras formas de acción cívica”. De acuerdo con Blaufarb, hubo una etapa en los años 60 en que la intelectualidad militar estaba proyectando la noción de que el Ejército era el brazo del gobierno mejor equipado para llevar a cabo en el terreno la gama completa de actividades asociadas con la construcción de la nación. Al oscurecerse la naturaleza de la fuerza militar, la propia doctrina norteamericana contribuyó al fracaso de la política en Vietnam. Según el general Weyand, “el mayor error militar fue [...] el no comunicar a los civiles en los niveles de decisión las capacidades y limitaciones del poder militar norteamericano”; a los militares se le asignaron tareas para las que no estaban preparados, al tiempo que se les limitaba en autoridad a fin de poder cumplir con aquellas tareas militares para las cuales sí lo estaban.

El autor argumenta en toda la primera parte del libro que el nivel de comprensión norteamericano estaba oscurecido por la confusión en cuanto a

⁴ Cfr. Edward Luttwak: *The Pentagon and the Art of War*.

⁵ D.S. Blaufarb: *The Counterinsurgency Era*, Free Press, New York, 1977.

aquello que constituía *la preparación para la guerra y la conducción de la guerra*; los temores a la guerra nuclear, a la intervención china y por el error de concepción de que los Estados Unidos estaban siendo desafiados por un nuevo tipo de guerra revolucionaria que sólo podía ser enfrentada por la estrategia de la contrainsurgencia.

Summers dedica la segunda parte del libro a analizar la guerra críticamente recorriendo el camino desde los efectos hasta sus causas y la investigación y evaluación de los medios empleados, de acuerdo con Clausewitz. “A juzgar por los resultados de la guerra”, dice Summers, “el error básico fue que vimos sus operaciones guerrilleras como una estrategia en sí misma. Porque la vimos como una estrategia, intentamos comprenderla en términos de la teoría de la guerra popular de Mao Zedong e inventamos elaboradas teorías de contrainsurgencia”. Sostiene que mientras que la tarea de los Estados Unidos debió ser concentrarse en el ataque externo, la seguridad interna debía ser un problema que sólo los sudvietnamitas podían resolver, aunque en este caso los Estados Unidos podían brindar asesoría política, asistencia económica y militar.

Seguidamente precisa que mientras “una ofensiva estratégica en contra de Vietnam del Norte pudiera no haber sido políticamente factible”, los norteamericanos podrían haber tomado la ofensiva táctica de aislar el campo de batalla. Pero, dice, “en lugar de orientarnos hacia Vietnam del Norte —la fuente de la guerra— situamos nuestra atención en el síntoma —la guerra de guerrillas en el Sur. Nuestra nueva estrategia de contrainsurgencia nos ocultó el hecho de que la guerra de guerrillas era táctica y no estratégica [...] pensamos que estábamos llevando a cabo una nueva estrategia llamada contrainsurgencia, pero de hecho desarrollábamos una estrategia defensiva en persecución de un fin negativo”. Para lograr el éxito de una estrategia defensiva que persigue un fin negativo, es básica la suposición de que el tiempo está del lado del que la utiliza, y en el caso de los Estados Unidos en Vietnam no había tiempo.

Summers afirma que el fracaso se debió a una falta de doctrina estratégico-militar en el campo de batalla. “Debido a que no se centraba en la finalidad política a lograr —la contención de la expansión de Vietnam del Norte— nuestra llamada estrategia nunca lo fue”. Por otro lado, “en términos estratégicos, la guerra popular fue un éxito” que obligó a los Estados Unidos a desplegarse contra una fuerza secundaria y agotarse en el esfuerzo. Al buscar la causa del fracaso estratégico, los analistas se centraban en la contrainsurgencia —ya que era la estrategia norteamericana anunciada— pero “la insurgencia misma era una pantalla táctica que enmascaraba los objetivos reales de Vietnam del Norte (la conquista de Vietnam del Sur); nuestras

operaciones de contrainsurgencia sólo podían ser tácticas”. El fracaso de los militares norteamericanos al evaluar la real naturaleza de la guerra en Vietnam resultó en una confusión a nivel del establishment de seguridad nacional sobre el significado de táctica y estrategia: “El Presidente tenía una visión, el Estado Mayor Conjunto otra y los comandantes en el terreno, otra”. En el libro de Palmer esto se percibe a lo largo de toda la primera parte, en la que las diferencias van un poco más allá de las meras opiniones contradictorias entre civiles y los servicios armados, para transformarse en una lucha de intereses entre los mismos aparatos vinculados a la guerra.

De acuerdo con su punto de vista, en el curso de la guerra se produjeron cambios en las decisiones tácticas y estratégicas del objetivo, que se perdió en una “obtusa discusión de los objetivos nacionales, rechazo a la agresión, disuasión y todo el concepto del espectro de la guerra”.

Summers señala cómo la codificación oficial de los principios de la guerra va cambiando en los manuales de entrenamiento desde 1921; en 1939, 1954, 1962 y ya en 1968 se había eliminado “el objetivo psicológico de la destrucción de la voluntad de lucha del enemigo”, lo cual era paradójico, ya que esto era ostensiblemente lo que los Estados Unidos trataban de lograr en Vietnam. A su vez, este error de enfoque exacerbó la tendencia norteamericana a ver la guerra como algo separado y aparte del proceso político. Otro error militar cardinal que señala Summers es que “los líderes militares subestimaron al enemigo” y que por tanto fracasaron también en su papel de asesores militares del Presidente y permitieron que los Estados Unidos prosiguieran con una política estratégica que era defectuosa desde sus inicios.

En Corea los Estados Unidos habían logrado “reconciliar” sus objetivos políticos y militares, mientras que “en Vietnam este ajuste nunca se hizo. “En vez de enfocar nuestra atención en el enemigo externo, Vietnam del Norte —la fuente de la guerra— giramos nuestra atención hacia el síntoma —la guerra de guerrilla—; limitamos nuestros ataques hacia el Norte a acciones por aire y mar”, de forma que, sigue diciendo el autor, “tomamos la tarea política (construcción de la nación y contrainsurgencia) como nuestra misión principal y relegamos la tarea militar (derrotar la agresión externa) a un segundo lugar”.

El proceso de toma de decisiones en Washington, a su vez, estaba dominado por un enfoque administrativo dependiente en gran medida de cuantificaciones —el llamado Programa de Planes y Sistema Presupuestario, diseñado para preparar la guerra más que conducirla. La confusión resultó del intento de manejarla con un aparato que no estaba diseñado para ello, y que en definitiva aplicaba criterios de “costo y beneficio” y no objetivos tales como la victoria o

rendición incondicional. Una de las cosas que no se pretendía lograr era la victoria, puesto que la propia doctrina la excluía como finalidad de la guerra; ello significaba que se carecía de polaridad con la finalidad de “nuestro enemigo, que estaba luchando con las viejas reglas y que mantuvo la victoria como su objetivo último a través de toda la guerra”.

Los Estados Unidos entraron en la guerra de Vietnam con una estrategia defensiva, mientras que Vietnam del Norte, con una visión clara de la relación entre las dimensiones estratégicas y tácticas de la ofensiva, mantuvo una estrategia que a la larga erosionó la voluntad norteamericana y logró la iniciativa política.

Los Estados Unidos enfrentaron en Vietnam el mismo dilema que en Corea, donde la solución fue limitar los objetivos políticos a la “contención de la expansión de Corea del Norte” y la aplicación exitosa de los medios militares para lograr ese fin.

En Vietnam, plantea Summers, “empezamos con esos objetivos limitados. El error fue no concentrar nuestros medios limitados a esa tarea”. A su vez Palmer, en 1977, planteaba que debía haberse provisto a las fuerzas para mantener la paz que objetivo claro y comprensible -una “operación para mantener la paz que separa a los beligerantes” a fin de cortar el apoyo del Norte a la guerrilla del Sur y hacerla más fácilmente derrotable por el Ejército “sudvietnamita”. Por cierto, esta hipótesis entra dentro de lo “debería haberse hecho”. lo que recoge la historia es que David derrotó a Goliath y que la recuperación del gigante ha sido lenta.

También hubo confusión respecto a la comprensión y aplicación de los conceptos de masa, economía de fuerza y maniobra. Tanto en Corea como en Vietnam, los Estados Unidos, partiendo de la base de que existía una estrategia comunista mundial coordinada, se veían impedidos de aplicar toda su fuerza, lo que incidía entonces en la aplicación de los tres conceptos antes mencionados.

A lo anterior se agregaba el hecho de que se carecía de un puesto de mando estratégico para Vietnam, y la perspectiva desde Honolulu o Washington podía ser muy diferente a la de Saigón. Aquí nos parece necesario recordar que de acuerdo con la estructura de mando, el Sudeste Asiático estaba comprendido en el CINCPAC⁶ que dirigía las fuerzas en el Pacífico, cuya jefatura estaba en Honolulu.

El autor sostiene que una de las grandes ironías de la guerra fue que la capacidad técnica para usar los principios de masa, economía de fuerza y

⁶ Comandancia unificada de todas las fuerzas norteamericanas en el Pacífico, incluyendo el Sudeste Asiático.

maniobra excedía ampliamente a la de los norvietnamitas. Afirma que esto fue probado en numerosas operaciones tácticas, pero que al fallar en su aplicación estratégica se les dilapidó. Respecto a las innumerables discusiones en torno a si el ejército sudvietnamita debió ser entrenado para operaciones convencionales o para operaciones antiguerrilleras, Summers asume que la clave está en la flexibilidad —esto es, en la habilidad para reaccionar frente a circunstancias que cambian rápidamente—, y que fue este factor el que más contribuyó a la derrota del Ejército de Vietnam del Sur. Agrega que “de todas las lecciones aprendidas de la guerra de Vietnam, la necesidad de flexibilidad, tanto de pensamiento como de acción, es tal vez la más crítica”.

En cuanto a los Estados Unidos, parecía que estaban bien establecidos a nivel de la ley y de los hechos, pero tanto Summers como Palmer son bastante críticos respecto a las carencias en este sentido. La unidad del mando estaba ausente no sólo en Washington, sino también en el teatro de operaciones, y Summers cita a T. Hoopes,⁷ quien señalaba que los Estados Unidos estaban enfrentando “tres confrontaciones separadas o sueltamente relacionadas. Había una guerra convencional en gran escala [...] estaba el confuso esfuerzo de pacificación, basado en presupuestos político-sociológicos de astronómicas proporciones [...] y la curiosamente remota guerra aérea en contra de Vietnam del Norte”. Parte de la dirección estratégica (especialmente en asuntos aéreos y navales) provenía de Honolulu; otra parte de Washington; no había un esfuerzo coordinado. Palmer se refiere a que la “unidad del esfuerzo de inteligencia no fue lograda en Vietnam y a pesar de la cooperación y coordinaciones entre la CIA y el *Military Assistance Command Vietnam* (MACV-J2), se daba una poco deseable duplicación de esfuerzos y competencia. Los miembros que componían la comunidad de inteligencia en Washington eran: a) el director de la Central de Inteligencia (DCI) y el ahora difunto *Board of National Estimates*, que informaba por medio de la DCI al Presidente y al Consejo Nacional de Seguridad (NSC); b) la Agencia de Inteligencia de la Defensa (DIA) del Pentágono, responsable ante el Secretario de Defensa y al Estado Mayor Conjunto y a las organizaciones de inteligencia de los servicios, cada una de las cuales informaba a su propio jefe; c) el Buró de Inteligencia e Investigaciones (INR) del Departamento de Estado, responsable ante el Secretario de Estado; y d) la comunidad criptológica, la Agencia Nacional de Seguridad (NSA), responsable ante el Secretario de Defensa y las agencias de seguridad de servicios, las cuales reportaban cada una a su jefe de servicio.

⁷ T. Hoopes: *The Limits of Intervention*, David McKay Co. Inc., New York, 1969.

La DCI presidía toda esta especie de confederación y también el *US Intelligence Board*, ahora, conocido como *National Foreign Intelligence Board*, cuyos miembros principales son los jefes de la CIA, DIA, INR y NSA. En tiempo de guerra es usual que una comandancia unificada asuma el control de todos los aparatos de inteligencia, incluyendo la CIA, en su área de responsabilidades. La guerra de Vietnam fue un caso único, sin embargo, y esta norma no fue invocada; por lo tanto, el jefe de la estación CIA en Saigón continuó con sus funciones regulares de tiempos de paz como asesor principal de inteligencia del Embajador norteamericano.

Durante los primeros años de la guerra hasta la ofensiva del Tet de 1968, los aparatos de inteligencia militar dominaban la escena: luego, con el cambio de actitud de la administración Johnson hacia la guerra, la CIA ocupó el lugar predominante.

Palmer señala que no se enfatizó lo suficiente en los recursos humanos directos de inteligencia, y que se concentró el trabajo por medios electrónicos. Al mismo tiempo, -Palmer agrega que la contrainteligencia norteamericana era débil y que no se contaba con un buen aparato de desinformación. En cuanto a la ofensiva del Tet, Summers dice que contribuyó un éxito estratégico para Vietnam del Norte, al golpear el centro de gravedad norteamericano; es decir, la opinión pública y el liderazgo político. El autor también propone que los Estados Unidos lograron una “sorpresa estratégica” con los bombardeos a Vietnam del Norte en diciembre de 1972, debido precisamente a la falta de seguridad estratégica, aunque el general Momyer, de la Fuerza Aérea, opinó que “fue en cierto grado una victoria pírrica”.

Según el manual FM 100-5, la “simplicidad contribuye a las operaciones exitosas”. En este sentido, Summers plantea que la no-aplicación de este principio no sólo confundió y complicó la conducta norteamericana en la guerra, sino que también tuvo el efecto de contrarrestar el apoyo norteamericano, dada “nuestra incapacidad de explicar las cosas en un lenguaje claro y comprensible —lo que tratábamos de hacer en Vietnam”.

Otro aspecto con un efecto adverso en la conducta norteamericana en la guerra (aunque el autor aclara que normalmente no se incluye dentro del concepto), fue el de las condiciones de vida de las tropas, particularmente el contraste entre las condiciones de la jefatura y los soldados, La situación fue ampliamente cubierta por los corresponsales en Saigón, y el contraste presentado al público norteamericano “era mortal”. A la vez, la ausencia de criterios establecidos tempranamente en una campaña respecto a las condiciones de vida, resultaría en que cada unidad querría establecer sus propios parámetros, usualmente altos, lo cual a su vez recargaba aún más un sistema logística de por sí recargado.

Un aspecto que aborda tanto Summers como Palmer es las Fuerzas Armadas de Vietnam del Sur. El exministro de Defensa de Vietnam del Sur, Tan Van Don, escribía en 1978 que “los Estados Unidos y la República de Vietnam estaban peleando dos guerras separadas en contra de un enemigo común, que fue una de las razones para nuestra derrota militar común. Debimos haber tenido una sola comandancia aliada a cargo de la detallada coordinación de todas las fuerzas, como en la guerra de Corea”. Otros militares sudvietnamitas entrevistados y citados por Summers agregaron que “los norteamericanos [...] dictaban la gran estrategia del conflicto, con un monopolio sobre las armas y el equipo; también diseñaban cómo llevar a cabo la estrategia y qué tácticas y técnicas serían empleadas. El análisis de Summers reitera que los Estados Unidos fracasaron en Vietnam porque intentaron hacer demasiado y que en lugar de concentrar sus esfuerzos en repeler la agresión externa (como habían hecho en Corea) se propusieron la tarea de construir la nación. En vez de dejar que las Fuerzas Armadas de Vietnam del Sur se dedicaran a la contrainsurgencia y las fuerzas norteamericanas a repeler a Vietnam del Norte, los Estados Unidos comprometieron sus fuerzas en la contrainsurgencia.

Aquí incidía la naturaleza de la doctrina de contrainsurgencia misma, cuya falla era no diferenciar claramente lo que “una nación asediada puede y debe hacer por sí misma y los límites de asistencia que una potencia externa podía proveer”, lo cual resultó en que los Estados Unidos desviarán su atención de las tareas que estaban dentro de sus capacidades. Palmer precisa que fue un error no tener un grupo de asistencia y asesoría dedicado solamente a las fuerzas armadas sudvietnamitas, y que la consecuencia de priorizar el uso de tropas norteamericanas resultó en: a) desviar la atención y recursos de los Estados Unidos del esfuerzo prioritario, que era desarrollar unas fuerzas sudvietnamitas capaces de defender su propio país de la subversión o de una invasión desde el Norte; b) dar a Hanoi argumentos para decir que los norteamericanos estaban dejando de lado a los sudvietnamitas y luchando por sus propios fines imperialistas; c) elevar los costos de la guerra más allá de los límites que los Estados Unidos estaban en disposición de aceptar y desgastar la voluntad y determinación norteamericana para mantener el curso de la guerra; d) dañar a las fuerzas sudvietnamitas psicológicamente, al inferir que no eran ni competentes ni lo suficientemente valerosas como para derrotar a las fuerzas de Vietnam del Norte; e) consumir el tiempo que los norteamericanos no podían recuperar, ya que cuando los Estados Unidos dieron la primera prioridad a las fuerzas de Vietnam del Sur, ya era demasiado tarde y el apoyo de la opinión pública norteamericana se había desvanecido.

Palmer plantea una estrategia alternativa que podría haberse aplicado en Vietnam, en la cual pueden percibirse elementos que se aplican actualmente

en Centroamérica, tales como la presencia constante de una fuerza naval que mantuviera latente la amenaza de invasión y la realización de frecuentes ejercicios militares. Se sugiere además haber desarrollado el esfuerzo logístico principal en el extremo norte mediante puertos, bases y carreteras capaces de apoyar una fuerza internacional, transformando así la “zona desmilitarizada” en el centro de los esfuerzos militares norteamericanos. Esto hubiera podido disminuir la magnitud e intensidad de la “gran guerra” en el Sur y mantener el nivel de la “guerra revolucionaria” en un nivel más bajo de intensidad. Al mismo tiempo, una fuerza internacional proveería “legitimidad” a la naturaleza de la contienda y a las negociaciones para finalizarla. Nuevamente nos referimos a Centroamérica, donde el aparato logístico descrito por Palmer ya ha sido instalado y donde los Estados Unidos desean mantener el enfrentamiento a un nivel de “baja intensidad” a fin de no correr el riesgo de la escalada y el empantanamiento de fuerzas norteamericanas.

En la perspectiva estratégica del futuro, ambos autores extraen “lecciones” que a nuestro juicio sientan las bases de la estrategia que aplica actualmente el imperialismo en todo el Tercer Mundo: se trata, obviamente, del llamado *conflicto de baja intensidad*.

Summers parte de la Ley de Seguridad Nacional de 1947, que especifica tres aspectos: a) defensa del territorio norteamericano del ataque externo; b) protección de la Seguridad Nacional de los Estados Unidos; c) apoyo y promoción de las políticas nacionales e intereses de los Estados Unidos, incluyendo el aseguramiento de áreas vitales para esos intereses. El autor añade que “a pesar de que nuestras políticas militares se justifican frecuentemente en términos de la primera misión —protección del territorio nacional—, es la tercera misión, la protección de los intereses norteamericanos a nivel global, la que más frecuentemente ha llevado a comprometer fuerzas norteamericanas”. Una de las recomendaciones de este autor es que los Estados Unidos eviten poner en peligro el apoyo de la opinión pública norteamericana. Advierte que este país debe recordar que “somos muy buenos en preceder sucesos futuros” y que mientras los “escenarios de áreas posibles de conflicto son de alguna utilidad en los planes de contingencia”, no se debe perder la flexibilidad para enfrentar los conflictos reales. Otro aspecto a considerar es la necesidad de comprender la naturaleza de las mismas fuerzas militares en la perspectiva de no adjudicarles tareas para las que no están preparadas.

En lo que atañe a la seguridad nacional, plantea que es necesario analizarla a partir de un punto de vista militar, Summers se adscribe nuevamente a los conceptos de Clausewitz. Antes de cualquier futuro compromiso de fuerzas militares norteamericanas, “nuestros líderes deben insistir en que el liderazgo

civil produzca metas políticas tangibles y logrables. [...] El objetivo político debe ser expuesto en términos concretos [...] Es necesario determinar precisamente lo que estamos tratando de lograr con el uso de la fuerza militar”.

Son extraordinariamente importantes las ideas que expone Summers con relación a la necesidad de una definición de victoria. “Esta victoria” —nos dice— “no necesita ser una total destrucción del enemigo o la conquista completa de su territorio, sólo necesita ser el logro de la meta política que determinó el involucramiento”.

Respecto a la confrontación con “nuestro principal adversario”, el autor plantea que en la última generación los Estados Unidos “han rechazado la ofensiva estratégica (*el roll-back o liberación*), favorecido la estrategia defensiva (contención)”. Con la ofensiva estratégica es más fácil mantener la iniciativa y la libertad de acción.

Nuevamente observamos cómo la administración Reagan ha ajustado su estrategia aplicando el *roll-back* con el propósito de revertir procesos revolucionarios que considera peligrosos para la supervivencia del imperio. En una perspectiva global, los Estados Unidos enfrentarán dos problemas relacionados entre sí: una continuada confrontación bipolar con la URSS y, al mismo tiempo, amenazas a los intereses norteamericanos por parte de subrogantes soviéticos fuertemente armados y de naciones independientes del Tercer Mundo militarmente sofisticadas. Aparece entonces el problema largamente debatido por el *establishment* militar y civil en torno a la necesidad de que los Estados Unidos sean capaces de encarar diversos desafíos simultáneos en distintos teatros de operaciones; de ahí que la actual administración justifique astronómicas cifras para la defensa, entre otras medidas.

Tanto Summers como Palmer tratan el problema de la unidad del mando. Ambos coinciden en señalar la falta de unidad durante la guerra de Vietnam a todo nivel. Summers sugiere que en futuras operaciones “de contingencia” el Secretario de Defensa pudiera designar a algún elemento específico para que se encargue de mantener la disuasión durante la preparación de la guerra y otro elemento separado que conduzca la guerra misma. Palmer penetra en el debate sobre la “reforma” de las Fuerzas Armadas norteamericanas, en el cual las proposiciones de E. Luttwak⁸ desempeñan un papel central.

Paralelamente, insiste en que resulta imperativo que las relaciones futuras entre el aparato civil y militar sean estrechas, y que ambos se muestren

⁸ Edward Luttwak: op. cit.

capaces de articular abiertamente sus opiniones y agilizar la vinculación del Presidente con el Estado Mayor Conjunto. En cuanto a la cadena de mando, sostiene que “en tiempos de crisis, emergencia o guerra, la cadena de mando operacional debería ser desde el Presidente-Comandante en Jefe directamente al Estado Mayor Conjunto, y de ahí la comandancia unificada”, y agrega que la actual legislación debía revisarse para que el Estado Mayor Conjunto se ubicara formalmente en la cadena de mando y no se le mantuviera en su carácter de asesor. Al mismo tiempo, sugiere que el Jefe del Estado Mayor Conjunto debería ser miembro permanente del Consejo Nacional de Seguridad.

Ambos textos concluyen que la quintaesencia de la “lección” aprendida en Vietnam es esta: el Ejército norteamericano debe ser nuevamente “maestro en la profesión de las armas”; los líderes civiles deben entender los riesgos, costos y probables resultados de las acciones militares antes de comprometer a los Estados Unidos en una guerra.

Las razones del triunfo de las fuerzas revolucionarias vietnamitas se encuentran en “algo más complejo que las tácticas y estrategias militares y las armas ultramodernas. Si esto hubiera sido decisivo, los vietnamitas no hubieran podido sobrevivir la última confrontación contra los Estados Unidos. Hay elementos que pertenecen a campos como la arqueología, la historia, las tradiciones, la cultura, la ética y la sicología, y no pueden evaluarse en una computadora”.⁹ A ello se suma una ideología rectora y un partido que “conocía a fondo y dominaba firmemente los principios del marxismo-leninismo sobre la organización militar de la insurrección armada y la guerra revolucionaria; porque ha continuado desarrollando la tradición de combatir al enemigo en todo el país; porque ha sabido utilizar las experiencias en la organización de las fuerzas armadas, acumuladas durante las insurrecciones nacionales y las guerras nacionales del pasado, y aprovechar con espíritu crítico las experiencias de los demás pueblos”.¹⁰

Todo esto es algo que difícilmente puedan comprender los Estados Unidos desde una arrogancia que les impulsa a subestimar la capacidad de respuesta de los pueblos que luchan por su liberación. Como dice el general Giap, “tenemos que prestar atención al estudio del pensamiento militar y la orientación del desarrollo del arte y la técnica militares de los países

⁹ Wilfred Burchett: Catapulta hacia la libertad. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

¹⁰ V. N. Giap: Armar a las masas revolucionarias. construir el ejército popular. Ed. Ciencias Sociales. La Habana, 1975. p. 5.

imperialistas, principalmente del imperialismo yanqui, para conocer al enemigo, en interés del desarrollo de nuestra ciencia militar”.¹¹

¹¹ V. N. Giap: El oficial.